

París era mentira

Pablo Calero

Platero
COOLBOOKS 

Título: París era mentira

Primera edición: noviembre, 2025

© 2025, del texto Pablo Calero.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Platero CoolBooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 3188- 2025

ISBN: 979-13-87720-48-3

*A Juan, causa, razón y refugio
en esta ciudad tan impía.*

*Me moriré en París con aguacero
un día del cual tengo ya el recuerdo.*

—*Piedra negra sobre una piedra blanca*, César Vallejo

*Aquel que se va,
va diciendo en el silencio:
«¡Qué grande es la libertad!».*
—Toná, Antonio Mairena

ÍNDICE

1 La llegada.....	11
2 París era una fiesta.....	17
3 Yo quiero ser un chico de París	25
4 Pero el invierno llega.....	35
5 La ciudad de la luz.....	39
6 El síndrome de París	43
7 Fraternité	49
8 La ciudad del amor.....	59
9 Las flores no valen nada	65
10 Monsieur García.....	71
11 La politesse	81
12 La soledad.....	89
13 Égalité	95
14 La fatídica llamada	101
15 La familia.....	107
16 París no vale una misa	113
17 Una jaula de oro (y zinc)	119
18 Vigilia.....	125
19 Liberté.....	129
20 La despedida	133

1

LA LLEGADA

Mi nombre es Javier García Moreno, tengo casi treinta años yuento esta historia desde París, la ciudad de la luz, la ciudad del amor y la de mil cosas más que no son verdad. Lauento justo antes de volver definitivamente a donde pertenezco. Y lo hago porque quiero que se conozca la verdadera historia de lo que ha pasado y de por qué me he visto obligado a acelerar las cosas. Al fin y al cabo, no quiero que nadie me odie. Me gustaría que, por ejemplo, si hablaran de mí en uno de esos programas matinales en los que se discute sobre la subida de los precios y sale un reportero en un mercado para preguntar cuánto cuesta el kilo de carne, justo después de mostrar mi fotografía, aparezca una vecina o un amigo y diga que soy una buena persona, que es lo que soy en realidad. O que si ahora resulta que me muero pronto y apenas me da tiempo a disfrutar de esta nueva libertad, cuando algún conocido se acerque al cristal desde el que se verá mi ataúd, se le escape un «Pobrecillo, con lo bueno que era». Eso me haría muy feliz.

El día que decidí mudarme a esta ciudad recuerdo que estrellé mi teléfono contra el suelo de la habitación

en la que estaba. Creo que fue el primer ataque de ansiedad que he tenido en mi vida. Digo creo porque no estoy seguro, pero fue una sensación angustiosa. Era como si quisiera meter el aire tan rápido dentro de mi cuerpo que entraba sin filtrar, lleno de suciedad, y notaba las partículas de polvo bailando dentro de mis pulmones. Luego recuperé la conciencia y le escribí un *e-mail* a Pedro para decirle que se me había caído el móvil al bajar del taxi y que el mismo vehículo había pasado por encima y lo había aplastado. Acababa de llegar de París, de pasar un fin de semana con él, y esta fue quizá la primera mentira de los años que vinieron.

Mi vida hasta ese momento era más o menos lo que se espera de un chico que se acerca a los treinta. Y no me desagradaba. Vivía solo, tenía un trabajo y, aunque no tenía pareja, mi vida social era bastante animada. Eso sí: era un adulto que estaba aún por hacer. O por cocer, como dice una amiga. Pero esto llegó con los años siguientes, sin ninguna delicadeza y a una velocidad desproporcionada. Las cosas llegan cuando tienen que llegar, aunque no siempre signifique que sea el momento más adecuado. Y lo peor del amor, además, no es solo que llega cuando a uno menos le apetece, sino también desde donde uno no quiere. En mi caso, desde París. Porque no lo he contado aún, pero me mudé a esta ciudad por amor. Así de claro. Ahora ya lo puedo decir, pero me costó mucho poder soltarlo así. Tan a la ligera.

Un par de meses antes de mudarme compré un billete de solo ida y se lo entregué en un sobre a Pedro en una romántica velada. Una de esas citas en las que, si uno se observara por una mirilla, se daría vergüenza,

pero que hacemos porque lo hemos visto en las películas o por alguna extraña razón que nadie se ha parado a analizar. Luego se lo comunique a mi familia y a mi jefe, aunque de eso no voy a hablar porque todavía me cuesta. Lo de la familia. Lo de mi jefe no me importa. A él se lo conté el mismo día que me llamó a su despacho para ofrecerme un ascenso. Tal cual. Tras veinte minutos escuchando cuáles eran sus planes y los objetivos de mi nuevo puesto, le di las gracias y le dije que me iba. Al contrario de lo que pensaba, se lo tomó bien y me dijo que era una decisión muy valiente. A mí en ese momento no me lo pareció.

Tras muchas fiestas de despedida, bastantes mensajes en las redes sociales y alguna que otra lágrima, me subí en el avión que me trajo a esta ciudad sin fecha de vuelta. Todo parece muy fácil, pero no fue así. Era la primera vez que tomaba una decisión tan importante por una razón tan estúpida. Amor. Amor. A-m-o-r. Qué raro me resulta. El salto fue tan grande que aún tiembla al imaginarme en aquellos días.

Dejar un trabajo por un motivo así no era propio de una persona como yo, así que decidí crear una historia paralela. Una historia que podría utilizar cuando no me apeteciera contar la razón verdadera por la que me iba. Algo más acorde con la persona que creía ser en ese momento y que solo utilizaría en ciertas ocasiones, con ciertas personas. Que me mudaba para aprender el idioma, para tener una experiencia laboral nueva, que era una ciudad que siempre me había atraído mucho... No me lo creía ni yo. Y al final se me fue de las manos. Fui incapaz de recordar a quién le había dicho la verdad y a quién la mentira. Siempre he pensado que si me muero de un resbalón en la ducha,

o al caerme de la cama, o de cualquier otro estúpido accidente doméstico, me gustaría que inventaran alguna historia más original. Que me recordaran de forma más heroica. Aquello fue un intento de hacer algo parecido. Lo del amor me parecía una cursilería enorme.

Pero bueno, la cosa es que llegué a París. Yo ya me había enamorado de Pedro en una de mis visitas meses antes. Llevábamos poco tiempo y hasta ese momento mi relación era más una mezcla de curiosidad, pasión y sexo. Era como si el muy cabrón me hubiera ido dejando miguitas de pan en un camino que me apetecía mucho andar. A esta historia le vendría mejor que me hubiera enamorado en plena ciudad, en Montmartre, a los pies de la torre Eiffel o paseando de su mano por Grands Boulevards. Pero lo cierto es que me enamoré cuando lo vi en la zona de llegadas del aeropuerto, que ni siquiera está en París. Así que me gustaría ser honesto desde el principio. Total, ya no tengo nada que perder. Y, además, nunca pasearía agarrado de la mano de nadie. Ni en París ni en ningún otro sitio del mundo.

La cosa es que lo de enamorarme ya lo traía hecho, así que mi llegada tenía más de otro tipo de emoción. Era como un niño que empieza el colegio tras el verano, con la mochila llena de olor a forro de libros y los lápices lustrosos, bien afilados. Así llegué a la ciudad. Es extraño recordar ahora aquel momento, entre las paredes de este piso que se empieza a vaciar. Tengo la sensación de que no necesitaré muchas cajas para meterlo todo. Es como si me hubiera ido deshaciendo poco a poco de todo lo inútil sin darme siquiera cuenta. En ese momento de la llegada todo tenía un

aire de recién estrenado. Me llenaba una energía que no había conocido antes. Me gustaba. Estaba ilusionado por aprender el idioma, por encontrar un trabajo, por hacer amigos y por contar todo a mi gente. Cada paso en la ciudad era como en ese videojuego en que una especie de animal debe ir derribando muros para alcanzar piececitas de oro. A veces el muro se desplomaba sin apenas esfuerzo, otras veces había que empujarlo con fuerza, otras veces era necesario saltarlo y en ocasiones permanecía inalterable y había que dar varios rodeos para pasar a la siguiente fase. Pero todo era ilusión, ganas. No había llegado aún la nube negra y hasta creo que puedo afirmar que había luz. Aunque esto lo negaré por el momento.

2

PARÍS ERA UNA FIESTA

Llegué a París en plena primavera. Y eso es una putada. Es como cuando a una pareja le sale el primer niño bueno y enseguida van a por otro y resulta que el segundo es un monstruo que solo hace llorar y no duerme. Pues fue algo así: una trampa. Los primeros meses en la ciudad fueron tan interesantes que creo que en algún momento hasta quise quedarme a vivir aquí para siempre.

Lo primero que hice fue inscribirme en una academia para aprender francés. Esto era algo que me atraía mucho. A mí siempre se me han dado bien los idiomas y, aunque nunca hubiese elegido aprender francés, me hacía feliz el hecho de estudiar una nueva lengua. Así que elegí la mejor academia de la ciudad. Allí descubrí dos cosas. La primera es que más de la mitad de los alumnos estaba allí por la misma razón que yo. Habían llegado a la ciudad para acompañar a su pareja y necesitaban aprender el idioma. La segunda es que esas mismas personas, al contrario que yo, estaban encantadas con esa condición. La mayoría eran mujeres, flamantes esposas que rozaban los cuarenta años y que decían todo el rato *mon mari* para referirse

a sus maridos. Como si el hecho de pronunciarlo en francés le añadiera más categoría a su estatus. Desde el principio quise alejarme de esa etiqueta. Me resultaba algo incómodo. Pero salvo este detalle, disfruté mucho aquellos meses en la academia. Volver a los libros de texto, estudiar, aprender, poder comunicarme en un nuevo idioma... Recuerdo que iba a clase por las mañanas y por las tardes siempre me buscaba algo que hacer en la ciudad para seguir aprendiendo. Siempre me iba solo, porque Mateo trabajaba por las tardes. Mateo es un argentino que conocí en la misma academia, en las clases de fonética. Pero él no decía *mon mari*. Era uno de esos argentinos a los que hay que esperar a que termine de comer porque no puede hablar al mismo tiempo. Entonces, cuando empieza a contar una historia, suelta su cubierto y no lo vuelve a coger hasta que ha terminado de contarla. Y eso suele ser bastante tiempo más tarde. Siempre se comía su plato frío. Había llegado a la ciudad porque en su país la situación no era muy buena y un primo suyo le dijo que en París había trabajo para todos. Tenía un puesto en los barcos que hacen *tours* por el Sena y, aunque no sabía bien francés, se había aprendido de memoria las frases que debía soltar durante el recorrido de los barcos. Era muy divertido escucharlo soltar su discurso mientras movía su cuerpo basto y agitaba las manos como para señalar los monumentos. Parecía que se iba a desmontar. Recuerdo que, cuando coincidimos en clase la primera vez, reconoció al instante mi acento al pronunciar las palabras y se dirigió a mí para preguntarme qué hacía allí con lo bien que se vivía en mi país. A mí no se me ocurrió otra cosa que echar mano de mi mentira, la que tenía preparada cuando

no quería contar la verdadera razón por la que estaba allí. Lo de que quería buscar trabajo y todo ese rollo. Pero Mateo no lo creyó.

—Vos estás acá por la misma razón que todas las locas esas, lo que pasa que el tuyo también tiene verga y no querés que se sepa —me soltó.

No me quedó más remedio que admitirlo y aquello nos unió al momento.

Mateo me llevaba algo de adelanto en eso de conocer la ciudad. Había llegado unos meses antes. Y, además, tenía un instinto de supervivencia urbana bastante desarrollado. Eso que tienen los argentinos y que les hace parecer que están siempre buscándose la vida, aunque sean unas personas acomodadas. Así que descubrí buena parte de la ciudad con él. La otra, con Pedro.

Recuerdo que una vez, al terminar las clases en la academia, me preguntó por lo que hacía esa noche. Le dije que me iba a ir a pasar la tarde a la Apple Store de Opéra y que no sabía a qué hora terminaría. La tienda de Apple tenía cursos gratuitos sobre cómo manejar la cámara del teléfono, gestionar el almacenaje, sacarle más partido a ciertas aplicaciones... Me daba igual cuál fuera el contenido, el caso era escuchar francés durante una hora. Y mucho mejor si era un chico joven y guapo. Esto suponía una mejoría respecto a la academia, donde los profesores se vestían todos con ese tipo de pantalones de tela que parece que solo les venden a los que han superado los sesenta años. Además, lo que contaban eran cosas que yo ya sabía, así que podía concentrarme en el idioma. La idea era perfecta.

El caso es que Mateo me dijo que le habían invitado

a una fiesta en casa de unos conocidos de París y que me fuera con él. Desde que llegué a la ciudad me había fijado en las fiestas que hacían los parisinos en sus casas. Se ven desde la calle porque siempre salen al balcón a fumar y se les oye quejarse de la vida entre canción y canción. Pensé que debía ser algo divertido y quería ir a una; me alegré mucho cuando por fin tuve la oportunidad. Sé que fui, pero no me acuerdo de mucho más. También sé que hablé francés, aunque un francés muy primitivo, según me contó Mateo después. Y que al llegar a casa seguí hablando francés, según me contó Pedro al día siguiente. Cuando uno está aprendiendo un idioma y no lo domina aún, ocurre un efecto fascinante: si te emborrachas mientras hablas ese idioma, no puedes volver al tuyo hasta que se te pasan los efectos del alcohol. Esto es así. A Pedro no le hizo mucha gracia este episodio. Creo que fue porque él llevaba más tiempo en la ciudad y nunca lo habían invitado a una fiesta con locales. Quizá tendría un poco de envidia. Pero este es otro tema. De lo que sí me acuerdo de aquellos primeros encuentros con los parisinos es de que me resultaba muy curioso analizar su comportamiento. Eran copias los unos de otros. Me sentía en una película. Al mismo tiempo, era como un logro: había conseguido que me invitaran a una de sus fiestas y me encontraba allí, hablando francés con ellos.

La resaca, o lo que fuera aquello, duró hasta el día siguiente por la tarde. Ese día tenía cita con el dentista. Cuando la doctora inclinó el sillón fue como si todos mis órganos se me hubieran metido de repente en la cabeza y esta se hubiera hecho más pesada que el resto de mi cuerpo. Menos mal que estaba Pedro

para traducir todo. En esa época Pedro estaba para todo. Me acompañaba al dentista, a la peluquería y donde hiciera falta. El dentista y la peluquería eran los sitios donde más miedo me daba ir solo por si no me entendían. Pensaba que las consecuencias podían ser desastrosas. Más en el caso de la peluquería, aunque mi madre diría que el pelo siempre termina por crecer. Unos días antes de este episodio de la fiesta había ido a una que tenía al lado de casa. Quería que me hicieran un corte más elegante, más acorde con la ciudad, y que me quitaran el degradado de macho mediterráneo que aún tenía. El peluquero resultó ser de origen marroquí y, nada más decir *bonjour*, supo mi procedencia. En París nadie te pregunta de dónde eres, sino cuál es tu origen. Esto es por la mezcla. Aquí se puede ser francés y tener un apellido de dos letras o de veinticinco. Me resultó muy extraño la primera vez que tuve que explicar que yo era cien por cien español. Los cuarenta minutos que tardó en cortarme el pelo y arreglarme la barba me estuvo hablando de fútbol y de tíos. Dos temas de los que no era ningún experto. Ni lo soy aún. Cuando fui a pagar cambió la música y puso una canción de Luis Fonsi e insistió en que era un cantante español muy conocido. No tuve más remedio que darle la razón y sonreír. Del corte de pelo prefiero no hablar.

El caso es que Pedro hacía de intérprete todo el tiempo. Y, cuando me dejaba solo para hacer algo por mi cuenta, era capaz de escribirme al teléfono hasta veinte veces para asegurarse de que todo estaba en orden y no me había pasado nada. A mí esto me gustaba. Me sentía muy protegido. Pedro era muy atento al principio. Era como uno de esos novios adolescentes

que le envía mensajes a su chica todo el rato solo para demostrarle que se acuerda de ella. Así era Pedro en aquel tiempo. Y París era el escenario perfecto para una historia como esta. Los tópicos de la ciudad cobraban sentido; eran un marco idóneo para esa ridícula etapa en cualquier relación que se distingue básicamente por que todo te viene bien. Por ejemplo, si Pedro me llevaba a uno de esos cafés en los que hay que hacer cola para entrar porque resulta que Sartre se reunía allí con sus amigos y decenas de turistas habían decidido aquella tarde emular al escritor sentados a la mesa con un café aunque este supiera a agua sucia, pues íbamos, hacíamos la cola y hasta me tomaba el café. Y tan contento. El plan era tan genial que hasta los camareros me parecían gente simpática. O si Pedro me hacía caminar diez kilómetros para llevarme a probar las mejores *crêpes* de la ciudad en el lugar más recóndito del último barrio de París, pues accedía sin rechistar y ni me dolían los pies. A pesar de que no me gustaban las *crêpes*. Y siguen sin gustarme, por cierto.

En aquel tiempo el cielo era azul; las hojas de los árboles de un verde intenso, y hasta el aire de la ciudad me parecía limpio. Cualquier plan era perfecto. Hasta hacer la compra. Esto era algo que hacíamos juntos. A mí me servía para poner en práctica lo que aprendía en la academia. Pedro me dejaba hablar con las dependientas y me corregía la pronunciación de algunas verduras. En París hay verduras que yo nunca he visto en ningún otro lugar y que tienen nombres impronunciables. Pero yo ponía todo mi empeño en hacerlo bien y él se reía. Le hacían reír mis errores. Y a mí me gustaba verlo reír. Una vez organizó una cena en casa para unos amigos y tuve que ir solo al

supermercado a por varias cosas que necesitaba para la receta. Creo que, de cinco cosas, solo acerté en una. Al llegar quiso matarme, pero luego nos estuvimos riendo de ese episodio bastante tiempo. Ya nunca nos volvimos a reír así.